

Again / against Flew

Diego S. GARROCHO SALCEDO

Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: 12/09/06
Aprobado: 20/12/06

Uno de los textos que en filosofía más réplicas suscitó en el pasado siglo XX fue la celeberrimo pasaje recogido en los *New Essays in Philosophical Theology* en los que A. Flew, retomando la "parábola del jardinero" de J. Wisdom¹ tratara de determinar la vacuidad semántica de los enunciados teológicos. Como todos conocemos, la polémica causada a partir de la publicación de dicho texto escasamente encuentra parangones en la Filosofía del siglo XX dadas las numerosísimas réplicas y críticas que inspiró, algunas de las cuales se suceden hasta nuestros días.

El presente artículo no tiene como propósito capitular las muchas y muy diversas respuestas que se le han dado a la "parábola del jardinero". Desde las célebres réplicas de Hare y Mitchell hasta hoy, el torrente de tinta que provocó la publicación de Flew haría imposible tratar de enumerar y, al menos someramente comentar, todas y cada una de las respuestas posibles a la aplicación del criterio de falsabilidad a los enunciados teológicos.

Sería, sin duda, un acto de ingenuidad creer que está al alcance de mi mano desarticular el aparato argumentativo de de un filósofo del fuste y calado de A. Flew. Sin embargo, la

1 J. Wisdom, God. En: *Proceeding of the Aristotelian Society*, 1944-1945, reimpresso en J. Wisdom, *Philosophy and Psychoanalysis*, Oxford, 1953.

propia naturaleza filosófica del texto invita a tratar de hacer una lectura crítica de éste por lo que a todo lector se le hace indispensable tratar de buscar los puntos débiles e inconsistencias del razonamiento de Flew. Sirva, pues, este artículo como modesta aportación a la lectura crítica de la "parábola del jardinero" sin más ánimo que señalar algunas posibles críticas a uno de los textos más polémicos de la filosofía del siglo XX.

Propuesta inicial

El lector de este artículo no tendría por qué estar necesariamente familiarizado con la parábola del jardinero de J. Wisdom ni con la propuesta que a partir de ella hiciera A. Flew. Por ello, y para hacer quizá más comprensible la crítica que a continuación expondremos paso a exponer, a grandes líneas, en qué consiste la argumentación de Flew:

John Wisdom, narra en su parábola cómo dos exploradores se toparon con un claro en la selva donde crecían muchas flores y plantas. Al contemplar estas flores, uno de los dos exploradores advirtió al otro que "alguien debía cuidar aquellas plantas". Sin embargo, su compañero discrepó ya que pensaba que aquella vegetación crecía en el claro de manera espontánea y naturalmente. Así pues, para contrastar sus hipótesis ambos exploradores decidieron acampar y vigilar la zona. Como no se veía ningún jardinero el creyente obstinado decidió que se cercara el jardín con púas ya que podría tratarse de un "jardinero invisible". Electrificaron la cerca, patrullaron con un perro y sin embargo, ningún jardinero quedó atrapado en las púas ni ningún sabueso localizó el olor de ningún extraño. El obstinado creyente, pese a todo, seguía creyendo que allí había un jardinero invisible, intangible, inodoro y extraordinariamente sigiloso que cuidaba aquel jardín. Finalmente, ya desesperado, el incrédulo compañero le preguntó qué quedaba de su afirmación original e incluso, que cuál sería la diferencia entre un jardinero invisible, inodoro, intangible... y ningún jardinero.

Para Antony Flew el creyente religioso tendría un comportamiento análogo al del crédulo explorador. La creencia en los predicados teológicos (tales como "Dios existe", "Dios creó el mundo...") sería una creencia injustificada, fortuita y carente de cualquier contenido empírico dado que ninguna experiencia contraria a su tesis sería capaz de invalidarla. Así, el creyente religioso sería como el crédulo explorador dado que su creencia sería compatible con cualquier estado de cosas. Ocurra lo que ocurra un creyente seguirá persistiendo firmemente en su fe por lo que sería inútil buscar cualquier tipo de contraejemplo en la realidad. De esta manera, Flew entiende que las creencias en los enunciados religiosos son infasables y por ende carecen de contenido real. Sin embargo, creemos que existen razones de peso para entender que la argumentación de Anthony Flew, aunque inspirada, no es del todo concluyente como a continuación trataremos de evidenciar.

Crítica al argumento de Flew

Las críticas que se hayan podido plantear a la "parábola del jardinero" de Flew han sido muchas y de muy diverso tipo. Así, a la hora de describir las debilidades argumentales del texto de Flew podríamos distinguir distintos *niveles o fases críticas*. En el plano más global, una manera de proceder sería presentar una objeción a la totalidad que invalidara en su conjunto todo el aparato argumental de Flew afirmando algo del tipo: "el argumento de Flew es inválido ya que acerca de los enunciados teológicos no podemos decir nada racionalmente". Aún más, podríamos, a la manera de Tertuliano, aprovecharnos de las supuestas aporías que presenta Flew y justificar la fe precisamente en la vacuidad de los

enunciados teológicos. Esta crítica, dudosamente legítima, parece, cuanto menos, filosóficamente menos atractiva.

Entiendo, sin embargo, que a la hora de criticar un argumento filosófico, el verdadero interés estriba en demostrar las inconsistencias internas que presenta el sistema. Así, el plano más básico, y por ello el que se debiera emplear de inicio, consistiría en derrotar un razonamiento desde los presupuestos y premisas que plantea el propio autor. En mi opinión, la crítica más contundente en Filosofía sería aquella que el propio autor al que se trata de rebatir estuviera dispuesto a aceptar. De esta manera, tratar de derrotar a Heidegger desde el atomismo lógico no sería más que establecer un diálogo de sordos, o, dicho de otra manera, juntar en una misma cancha a un equipo de fútbol y a otro de béisbol. Jamás se entenderían.

De esta manera, mi crítica al texto de Flew se ceñirá al plano estrictamente lógico-lingüístico por lo que trataré de centrarme, en la medida de lo posible, en las tensiones e inconsistencias que su argumento presente. Con ello, no descarto que desde otros presupuestos se pudiera llegar a tesis más radicales y concluyentes puede que incluso legítimas. Sin embargo, creo, las contradicciones son más manifiestas en el momento en el que entran en fricción con las reglas y premisas que el propio autor plantea de inicio.

Primera objeción: debilidad en la analogía

La primera objeción que podríamos presentar al texto de Flew haría referencia a su propia estructura interna. Como sabemos, Flew se sirve de la parábola del jardinero para posteriormente establecer una analogía entre la creencia del explorador que afirma la existencia del jardinero y la creencia religiosa en ciertos enunciados teológicos. Así pues, Flew trata de establecer una analogía entre la vacuidad del enunciado "hay [existe] un jardinero que cuida este terreno" y, pongamos por caso, "Dios creó el mundo". Decir que una y otra frase son análogas entiendo que es una licencia difícilmente admisible dado que el primer enunciado es un enunciado existencial (su negación sería "No hay un jardinero que cuide este terreno") y el segundo enunciado no hace sino predicar una propiedad de Dios, existente o no (su correspondiente negación sería "Dios no creó el mundo").

Como bien describieran Kant y Russell, la existencia de una entidad es una condición necesaria para la atribución de propiedades y no una propiedad más. Vemos pues, como la misma tesis que en su día invalidara el argumento ontológico a favor de la existencia de Dios, en esta ocasión serviría al propósito contrario. Así, desde el rigor lógico, parecería al menos poco prudente apostar por una analogía entre enunciados de naturalezas tan diversas como lo hiciera Flew. Sin embargo, ésta no sería, sin duda, la objeción más concluyente.

Segunda objeción: la falacia de "las mil cualificaciones"

Vayamos pues de lleno al argumento de Flew. Como estrategia, salvemos la primera crítica e imaginemos como válida, al menos de inicio, la analogía con la parábola de John Wisdom. A. Flew, partiendo de dicha parábola, sentencia que «una hipótesis, por muy atrevida que sea, puede [...] ser aniquilada palmo a palmo por la muerte de las mil cualificaciones»². Así, según Flew, partiendo de que "Hay algún jardinero", al someterlo a una serie de "cualificaciones" (es intangible, inodoro, invisible...) concluye que el enunciado quedaría vacío de significado.

² FLEW, Antony y McINTYRE Alasdair [Eds]. *New essays in philosophical theology*. Londres, SCM pres, 1955. Pág. 95.

Pasemos pues, siguiendo la invitación de Flew, a construir "palmo a palmo" el "proceso de las mil cualificaciones". Partimos pues de que "algún jardinero cuida de este terreno". La condición de jardinero se extrae del propio predicado por lo que, simplificando, podríamos decir que "existe alguien que cuida de este terreno". Así pues, el creyente, lo único que afirma es que alguien, sea x , cuida del terreno. Existe un x el cual tiene la propiedad C de cuidar el terreno:

${}^3\Delta x (Cx)$

En la parábola se comienzan a plantear cualificaciones mediante la vigilancia, los sabuesos, las vallas electrificadas... lo que demuestra que el jardinero es invisible, intangible, inodoro...

Siendo:

V: propiedad de ser visible

T: propiedad de ser tangible

O: propiedad de tener olor alguno

$\Delta x [Cx \ \& \ (\neg Vx) \ \& \ (\neg Tx) \ \& \ (\neg Ox)]$

Aquí de nuevo, encontramos que es perfectamente correcta para la lógica la formalización de un enunciado del tipo: "el jardinero que cuida el jardín es invisible, intangible e inodoro". Sin embargo, para verdaderamente vaciar de significado la creencia del explorador, según el propósito de Flew, tendría que ocurrir, verdaderamente, que el explorador pudiera aceptar predicar cualquier propiedad del sujeto x (que cuida el terreno) y hacerla consistente con su condición de jardinero, a saber, que cuida el terreno donde crecían las flores. Sin embargo, de que el explorador acepte predicar cierto conjunto finito de negaciones de propiedades del sujeto que cuida el terreno (ser in-visible, in-tangible, in-odoro), no se puede extraer que aceptara predicar el conjunto completo de la negación de las propiedades posibles del jardinero. Así, mientras que el conjunto de propiedades negadas que predicáramos del cuidador del jardín no incurriera en una contradicción ($\Delta x (Cx \ \& \ \neg Cx)$), el creyente seguiría predicando coherentemente una cualidad de x , a saber, Cx .

Vaciar con 1000 cualificaciones un enunciado sería imposible porque un enunciado podría albergar, pongamos por caso, sólo una propiedad y que ésta pudiera escapar a esas 1000 cualificaciones. Haciendo un favor a Flew podríamos perfeccionar el mecanismo y hablar de la "muerte de las 100.000.000 cualificaciones" pero la propiedad predicada de x , el jardinero, perfectamente puede escapar de esas 100.000.000 cualificaciones. El número de cualificaciones debería tender a infinito para poder concluir que, efectivamente, un enunciado no presenta valor veritativo ya que cada cualificación no hace sino restar una parcela finita de significado.

En un plano más exigente, y creo que justamente así deberíamos proceder, decir que de un individuo sólo podemos predicar la única propiedad de que "cuida el terreno", aun siendo lógicamente consistente, en contraste con la realidad parecería intuitivamente incorrecto. Si un sujeto cuida del terreno, tendrá que tener además de esa propiedad otras

³ Por limitaciones tipográficas, entiéndase Δ como símbolo existencial.

que se entrañen necesariamente ya que de lo contrario, tendríamos que conceder a Flew una parte de razón y concluir que daría igual que haya o no jardinero si lo único que podemos predicar de él es que "cuida del jardín". Si cuida del jardín, debemos concluir con ello, que podemos predicar de él ciertas propiedades en un número razonable. Sin embargo con "la muerte de las mil cualificaciones" no podremos concluir que necesariamente sólo hay una propiedad predicable del jardinero, a saber, que cuida el jardín.

Imaginemos, así, el conjunto de propiedades y atributos que en verdad pudiéramos predicar del jardinero (y sea ese número de propiedades, para mayor claridad, un conjunto amplio). De esta manera, con el proceder de A. Flew, con cada cualificación restaríamos una parcela de significado al predicado posible del jardinero pero no anularíamos –no sería humanamente ni en el caso de que dedicáramos nuestra vida a ello- el significado del enunciado. Así, por ejemplo, sería posible que el jardinero efectivamente fuera invisible, inodoro, intangible... pero que un día le escucháramos recitar unos versos de Pemán, que pintara cuadros espantosos o que tuviera una esposa y cinco hijos (también ellos invisibles, inodoros...). Lo que quiero decir con ello, no es que yo personalmente crea que los jardineros invisibles sean excelentes rapsodas de poesía popular ni malos pintores, ni siquiera que existan, pero sin duda, creo que es claro que con el proceso de las "mil cualificaciones" simplemente se restarían 1000 predicados del conjunto de predicados posibles del jardinero, algo que dista mucho de vaciar por completo el contenido de la creencia en dicho jardinero.

Tercera objeción: las negaciones

Advierte A. Flew en su texto que «cualquier cosa que pudiera ir en contra de la afirmación, o que pudiera inducir al hablante a retirarla y admitir que había un error, debe ser parte (o el todo), del significado de la negación de aquella primera afirmación»⁴. En rigor, podríamos decir, que lo único que necesariamente va en contra de una afirmación sería su propia negación (sólo $\neg p$ va necesariamente en contra de p). Afirmar que el ser inodoro, intangible e invisible constituyen la negación de la existencia del jardinero es algo sobre lo que la lógica tiene muy poco que decir. Acerca de si es sensato o no mantener la creencia en la existencia de un jardinero tan esquivo sería, desde luego, muy discutible y dependería de muchas condiciones del discurso.

Flew añade, además, que «si no hay nada que una afirmación niegue, entonces tampoco hay nada que ésta afirme»⁵. Por imperativo lógico p niega $\neg p$, por lo que siendo p "hay un jardinero que cuida del jardín", su negación "no hay un jardinero que cuida el jardín" es perfectamente válida. Por ello, cabría concluir que, también en nuestro caso, tanto p como $\neg p$ afirman y niegan algo en perfecta corrección lógica. Quizá la exigencia de Flew vaya más allá al querer señalar que la afirmación de que "existe un jardinero" debe entrañar otras negaciones además de la de negar de manera tautológica la negación de la existencia del jardinero, sin embargo, aquí de nuevo me serviré de las conclusiones de la crítica anterior.

Con arreglo a la falacia de "las mil cualificaciones" vemos que a partir de que la creencia del jardinero no niegue la negación de las cualificaciones propuestas por Flew (sean un número finito n) no podemos inferir que no niegue ningún tipo de negación más allá de la suya propia (a saber, $\neg p$). Podría, en efecto, negarse la negación de enunciados

4 Ibid. Pág.96.

5 Ibid. Pág.96.

posibles (aún si falsar) tales como aquellos que citamos en la segunda crítica (el jardinero recitaba, pintaba...).

Cuarta objeción: acerca de la falsación

Flew denuncia que para los creyentes no hubiera ninguna prueba o pruebas que pudieran derrotar su creencia. De esta manera, las creencias religiosas no podrían someterse al criterio de falsación lo que sin duda, a ojos de Flew, resultaría un grave inconveniente. De nuevo, entiendo que esta debilidad en la creencia religiosa no es tal, al menos, no queda probada la incapacidad de falsación de las creencias religiosas tal y como la describe Flew.

Flew expone la sin duda paradójica situación que debe vivir un creyente con respecto al amor de Dios (entiendo que también habremos de incluir la omnipotencia entre sus atributos) al contemplar la muerte prematura de un hijo por cáncer de garganta. Para Flew, la muerte prematura del niño –y toda la carga dramática que acarrea consigo– debería constituir una crítica sólida para falsar la creencia en el amor de Dios. De otra manera: no habría manera de conciliar ese fatídico hecho con el amor y atención de Dios. Sin embargo, Flew denuncia que por muchos acontecimientos dramáticos que protagonice un creyente en su vida, la creencia en el amor de Dios se mantendrá intacta (sería justo añadir que en muchos casos la vivencia de experiencias dolorosas sí ha servido para derrotar o cuestionar la creencia en el amor divino, pero este no es el caso).

Entiendo que el razonamiento de Flew se basa en el siguiente argumento:

Sean:

p: "Dios nos ama"

q: "Un niño muere de cáncer de garganta"

- $q \rightarrow \neg p$

- q

—————
 $\vdash p$

Si damos por ciertas las dos premisas del argumento ciertamente parecería poco razonable (de hecho contradictorio) el mantener la creencia en el amor de Dios (*p*). Siguiendo la corrección de este argumento, efectivamente si un creyente siguiera afirmando el amor de Dios a pesar de la desgracia del niño muerto sería pertinente la denuncia de Flew, a saber, que las creencias religiosas no son falsables. Sin embargo, creo que la debilidad en el argumento de Flew radica en la polémica primera premisa. Decir que la muerte del niño entraña la ausencia de amor de Dios hacia nosotros es lo mismo que decir que o bien Dios nos ama, o bien los niños mueren de cáncer, siendo autoexcluyentes una y otra posibilidad. Poco o nada me atrevería a argumentar a favor de esta disyunción excluyente pero sin embargo creo acertado señalar que, al contrario de lo que dice Flew, esa premisa resulta muy discutible.

El ejemplo de Flew es un caso concreto de la clásica aporía entre el amor divino y el mal (entendido en su sentido amplio). Desde San Agustín hasta la teología moderna, pasando por respuestas tan inspiradas como las de Leibniz, se ha tratado de dar respuesta a esta paradoja. Puede, sin embargo, que ninguna de las teorías que han tratado de conciliar el

mal y el amor de Dios puedan ser concluyentes para Flew pero de ahí no se extrae que no exista conciliación lógicamente posible. Es más, suponiendo que verdaderamente un creyente fuera un leibniziano convencido, su creencia en el amor de Dios estaría si no justificada, al menos, lejos de ser una creencia vacua como trata de demostrar Flew. Con todo ello, vemos como si negamos o, al menos, dejamos en suspenso la primera premisa que hacía inconciliables el amor de Dios y el mal, entendemos que la creencia religiosa no entrañaría contradicción alguna.

Sin embargo, un defensor de los argumentos de Flew podría replicar que, en verdad, Flew no denuncia la contradicción en las creencias religiosas sino la vacuidad de ellas al no ser falsables. De nuevo podríamos proceder de manera similar a como hicimos con "la muerte de las mil cualificaciones". Que el amor de Dios sea compatible con los hechos como el que describe Flew (la muerte del niño) no quiere decir que sea compatible con cualquier estado de cosas. Dicho de otra manera, que un número finito de hechos descritos por Flew no falseen la creencia religiosa no entraña que la creencia religiosa no sea falsable en ningún caso. Así, podríamos incluso afirmar que en las creencias religiosas existiría un variable margen personal de falsabilidad: un mismo hecho (pongamos, dramático) podría no repercutir en la fe de un creyente, someter a un debate la fe de otro individuo o dinamitar por completo las creencias de otro sujeto en el amor de Dios.

Otra manera de explicar el mismo razonamiento sería emplear el *modus tolens* como criterio de falsación a la manera de Popper. De nuevo, llegaríamos a conclusiones similares:

Sean:

p: "Dios existe"

q: "No hay sufrimiento en el mundo"

- $p \rightarrow q$

- $\neg q$

┆ $\neg p$

Siguiendo este argumento, nuevamente encontraríamos críticas más que razonables al proceder de Flew. En este caso, la premisa cuestionable sería la primera. Para verdaderamente poder concluir la no existencia de Dios habríamos de reconocer como verdadera la premisa que afirma que "si Dios existe entonces no hay sufrimiento en el mundo". Quizá a Flew le hubiera gustado encontrarse con creyentes tan poco razonables como para sostener semejante postulado ya que esto le habría ahorrado mucho trabajo. Sin embargo, no creo que Flew construyese su crítica a los enunciados teológicos en referencia a una fe tan singular que, en efecto, pudiera admitir tan controvertida premisa. Por el contrario, como acabamos de explicar, creo que la verdadera singularidad de la fe religiosa (la cual inspira los enunciados teológicos) pasaría por hacer conciliar, paradójicamente, el sufrimiento y la existencia de un Dios bueno y omnipotente. Dicho esto, si no reconocemos como cierta la primera premisa el argumento en su conjunto carecerá de valor explicativo.

Concluyendo, y por terminar respondiendo a la pregunta final del texto de Flew, entiendo que el hecho que debiera acontecer para reconocerlo como prueba en contra del amor o de la existencia de Dios variaría muy probablemente en cada hombre creyente. Quizá se podría debatir dónde situar el umbral razonable a partir del cual quedarían derrotadas las creencias religiosas, pero ese sería un debate muy distinto del que aquí nos

compete. Lo que espero, y es ahí hacia donde apunta este artículo, es que no se de por cerrado el debate acerca de la falsabilidad de las creencias religiosas. Si son o no falsables probablemente no estoy en situación de afirmarlo, y mucho menos de demostrarlo. Lo que si espero haber, al menos apuntado, es que para concluir que las creencias religiosas no son falsables habría que proponer argumentos mucho más definitivos que los que en su día diera A. Flew.

Presentar objeciones a un planteamiento filosófico en ningún caso nos debería conducir a desechar las tesis que en él se exponen. Que se hayan presentado objeciones a la teoría política que Platón nos expone en su *República* no nos legitima a desechar un texto tan capital en la historia de la Filosofía. De hecho, podríamos decir, que es naturaleza propia de la Filosofía su constante superación y crítica. Así, quiero advertir que las objeciones que aquí planteo no me hacen entender el texto de Flew como un texto yermo o desechable sino que, antes al contrario, creo que constituye un grandísimo estímulo filosófico.

Según mi opinión, los argumentos de Flew presentan debilidades manifiestas aunque sería, a su vez, de justicia reconocer que también apuntan ideas del todo certeras. Efectivamente, y como he sostenido a lo largo de este artículo, no creo que Flew haya concluido definitivamente la vacuidad de los enunciados teológicos, pero sin duda pone de manifiesto el carácter singular de éstos. Su peculiar naturaleza de cara a la falsación nos invita vivamente a la reflexión. Puede que no se demuestre necesariamente que no son falsables pero tratar de establecer un criterio de falsación –o al menos, su mera posibilidad– ya sería una empresa de encomiable valor filosófico.

Entiéndase, pues, esta serie de objeciones como el resultado de una lectura crítica del texto de Flew pero también, y sin duda ello será lo más importante, como un punto de partida para ulteriores reflexiones acerca de lo que, si bien no pudo sentenciar, si apuntó certeramente A. Flew.

BIBLIOGRAFÍA:

FLEW, Antony y McINTYRE Alasdair [Eds]. *New essays in philosophical theology*, cap.VI. pags. 96-130. Londres: SCM press, 1955.

FLEW, Antony. *God and Philosophy*. Londres: Hutchinson, 1966.

FLEW, Antony, HARE, R.M., MITCHELL, Basil. "Teología y Falsación", *Cuaderno Gris*, Época I nº6, Pág. 43 y ss.

HAACK, *Filosofía de las lógicas*. Madrid: Cátedra, 1991.

WISDOM, John. *Philosophy and Psico-analysis*. Berkeley: University of California Press, 1969.